

á Ceres consagrada, la de Itona, en preciadas ovejas abundante, la marítima Antron, Ptelio, afamada por las sabrosas yerbas de sus prados, Protesilao rigió, de Marte alumno, mientras vivió. Mas ya de la alma tierra en el seno yacía; que saltado habiendo de las naves el primero de todos los Aquivos, le matara un Troyano, y en Filace á su esposa dejó bañada en llanto doloroso, y á medio concluir el nuevo alcázar que edificaba cuando vino á Troya.

No por eso sus tropas sin caudillo quedaron; pero mucho se acordaban de su antiguo adalid, aunque regidas eran en las batallas por Podárce, hijo animoso del valiente Ificlo, y de Filaces nieto, el que rebaños de ovejas numerosos poseyera. Protesilao y Podárce de la misma madre habían nacido, y el segundo menor era en edad; pero valiente era más el primero. Así las tropas suspiraban por él, aunque tenían quien las mandase. Sus bajeles todos al número llegaban de cuarenta.

Los de Féres (fundada junto al lago Bébis) y Beba, y Gláfira, y Yaolco, de hermosos edificios, por Eumelo eran guiados, prole esclarecida de Admeto y la sin par divina Alcéstis, de las hijas de Pélias la más bella: y á Troya habían venido en once naves.

De Metone, Taumaquia, Melibeia, y fragosa Olizon los escuadrones, que en siete chicas naves aportaran á Troya, por su jefe ántes tuvieron á Filoctetes, en lanzar saetas el más aventajado. Cada nave sólo cincuenta jóvenes tenía, que el remo con destreza manejaban; pero también el arco en la pelea sabían disparar. Su heróico jefe no los acaudillaba; pues en Lenno, cercado de agudísimos dolores, los ingratos Aqueos le dejaron por la herida cruel atormentado que un reptil le causara ponzoñoso. Pero si en triste soledad ahora

él estaba olvidado, no era léjos el día que los Griegos en sus naves del famoso caudillo Filoctetes debían acordarse. Sus soldados no por eso de jefe carecían, aunque por Filoctetes suspiraban; pues en la lid el ínclito Medonte era su capitán, hijo bastardo que Oileo, el destructor de las ciudades, tenido había en su cautiva Rene.

Los de Trica é Itoma, situada sobre un monte escarpado, y los de Ecalia, fundada por Eurito el Ecaleo, á los célebres hijos de Esculapio, Macaon y Podalirio, que ambos eran médicos extremados, por sus jefes tenían; y eran treinta sus navíos.

Los de Ormenio y la fuente de Hiperea, los de Astério y Titános, afamada por las blancas almenas de sus muros, á Eurípilo tenían por su jefe, de Evemon hijo claro; y en cuarenta embreados navíos le siguieron.

Los de Girton, Argisa, Orta y Elone, y la blanca Oloson, eran mandados por el alto y forzado Polipétes, que al gran Pirotóo, prole de Jove, el sér debía y á Hipodamia bella, que le dió á luz en el glorioso día en que su heróico esposo derrotaba á los fieros centauros, y del monte Pelio los arrojaba á los confines de los pueblos Etiquios. Polipétes no era sólo en el mando; que tenía por segundo al valiente Leonteo, el rayo de la guerra, que engendrara Coronos de Ceneo; y sus bajeles al número llegaban de cuarenta.

Condujera Guneo desde Cifo en veintidos navíos los robustos Enienes, y Perrebo animosos; así los que habitaban de Dodona, áspero clima, los umbrosos bosques, como los que los campos cultivaban que riega el puro y limpio Titaresio, el cual vierte sus aguas cristalinas en el hondo Peneo y no se mezclan con sus precipitados y espumosos remolinos, y nadan por encima como ligero aceite; que el Peneo

del agua de la Estigia es un arroyo; la Estigia, cuyo nombre las deidades invocan en sus firmes juramentos.

Protoó, de Tentredon el hijo claro, mandaba los Magnetes, los que habitan á orillas del Peneo, y á la falda del Pelio, en cuyas selvas de continuo el soplo de los vientos bramadores las hojas de los árboles agita: y á Troya vino con cuarenta naves.

Estos los conductores y adalides eran de los Aquivos que vinieran con los hijos de Atreo; mas tú, oh musa, dime cuál de ellos era el más valiente, y cuáles los caballos más veloces.

Á todos los caballos excedían ahora las dos yeguas que á su carro uncía Eumelo, y de su padre fueran el magnánimo Admeto; porque siendo ligeras en correr como las aves, de una edad y una altura, y apeladas, cuidadas fueron por el mismo Apolo de la Pieria en los amenos prados, y el terror por do quier en los combates llevaban. Entre todos los guerreros, Ajax de Telamon era el más fuerte mientras duró de Aquiles la venganza; que con éste en valor y fortaleza ninguno competía, y los caballos que llevaban al hijo de Peleo eran también de todos los mejores.

Mas entónces Aquiles en las naos retirado vivía por vengarse de Agamenon, caudillo de las tropas; y en la orilla del mar toda su hueste, ó ya arrojando el disco, ó ya corriendo lanzas, ó al blanco disparando flechas, el ocio entretenía. Los bridones, cada cual junto al carro de su dueño, del muy sabroso loto ó fresca alfalfa, el abundante pasto consumían, y los brillantes carros de los jefes inútiles yacían en las tiendas: y ellos, que muy penados suspiraban porque su gran caudillo á los combates tornara, discurrían por el campo, mas no tomaban parte en la pelea.

Luego que ya formados los Aquivos se pusieron en marcha, parecía que la anchurosa faz del orbe todo

en fuego se abrasaba: tal el brillo era que despedían los arneses. Como indignado el poderoso Jove de Árimos estremece la alta sierra, donde dicen que yace Tifoeo; así bajo los piés de los Aquivos la tierra retemblando recrujía, y pronto recorrieron la llanura.

Íris en tanto, cuyos piés veloces al raudo viento en el correr igualan, por mandado del hijo de Saturno iba á dar á los Teucros el aviso; que en arengas el tiempo consumían de Príamo en el pórtico espacioso, do se juntaran jóvenes y ancianos.

Y del potente Rey asemejada al uno de los hijos, á Polítes (el cual, fiado en su correr ligero, era de los Troyanos centinela, y en la cima del túmulo asentado del antiguo Esiétes, observaba cuándo desde sus naves los Aquivos á presentar batalla se movían) imitando su voz, así le dijo:

«Anciano! Siempre el escuchar te agrada
»inútiles discursos, como en tiempo
»de paz; mas hoy inevitable guerra
»nos amenaza. Á las sangrientas lides
»ya muchas veces asistí, aunque joven;
»pero jamás ejército tan grande,
»ni tal, vieron mis ojos. Los Aquivos,
»en escuadrones ya tan numerosos
»como son de los árboles las hojas,
»ó del mar las arenas, por el valle
»marchando vienen y de Troya en torno
»á dar hoy la batalla se aperciben.—
»Héctor! al ordenar nuestras legiones,
»no el consejo desprecies de un hermano.
»Pues tantos auxiliares las murallas
»contienen de Ilion, y todos ellos,
»como nacidos en diversos climas,
»hablan distinta lengua, cada jefe
»aquellos rija que su voz conocen;
»y formada la hueste de los suyos,
»él la acaudille en la comun pelea.»

Así dijo: mas Héctor, de la Diosa conociendo la voz, pronto la junta disolvió, y á las armas presurosos todos corrian, y las puertas todas fueron abiertas, y en tropel confuso

el ejército entero á la batalla desalado salía, así peones como jinetes, con inmenso ruido.

Hay frente á la ciudad en la llanura una excelsa colina, separada de los otros collados y accesible por todas partes, que llamar solía el comun de los hombres *Batiea* y los Dioses la tumba de Mirine; y allí fué donde entonces se formaron, por gentes y naciones divididos, los guerreros Troyanos y auxiliares.

Héctor, alto de talla, valeroso campeón, y de Príamo nacido, los Troyanos mandaba; y las falanges que impacientes sus lanzas ya blandían y á su voz se formaban, superiores en número y valor á todas eran.

Los Dardanios mandaba el animoso Enéas, hijo del anciano Anquíses y de la hermosa Vénus, que en el bosque del Ida le dió á luz; pues aunque Diosa, se enamoró de un hombre. No era solo; que también esta gente acaudillaban de Antenor los dos hijos, Acamante y Arquíloco, aguerridos campeones en toda clase de armas y de lides.

Los ricos moradores de Zelea, en un valle del Ida situada, que se dicen Troyanos y que beben el agua cenagosa del Esepo, Pándaro conducía, el hijo ilustre de Licaon, á quien el mismo Apolo el arca dió y las flechas voladoras.

Los que habitaban la ciudad de Apeso y las dos de Adrastea y de Pitía, y de Terea el encumbrado monte, eran mandados por Adrasto y Anfio, armado á la ligera, los dos hijos de Mérope, el Percosio. Éste sabía de adivinar el arte cual ninguno, y á sus valientes hijos no dejaba que á la guerra viniesen destructora; pero ellos sus avisos despreciaron, porque al imperio de la negra muerte los arrastraba el hado inevitable.

Los de Percote, Practio y sus contornos, Sesto, Abido, y Arisbe la opulenta, Asio mandaba, el adalid valiente hijo de Hirtacio; y desde Arisbe vino

en un brillante carro que tiraban tostados corpulentos alazanes, criados en la vega deliciosa del caudaloso y claro Seleente.

Hipotoó trajera los Pelasgos, de la fértil Larisa moradores y diestros mucho en manejar la pica; y él los acaudillaba con Pileo, ramo de Marte, y ambos eran hijos del Pelásgico Leto de Teutamio.

El héroe Piroó con Acamante los Tracios gobernaba, cuantos ciñe en su rápido curso el Helesponto.

Eufemo, el hijo claro de Treceno y nieto del gran Céas, conducía los Cicones, soldados aguerridos.

Pirécmes también trajo los Peonios, en disparar el arco ejercitados, de Amidon la remota, situada á la márgen del Axio caudaloso; del Axio, cuyas aguas cristalinas se dilatan por vegas espaciosas.

Los Paflagones, que venidos fueran del país de los Énetos, do nacen buenos mulos cerriles, y habitaban en las ricas ciudades de Citoro y Sésamo, á la orilla del Partenio, y en Crona, Egialo y Eritinos montes, el ardido Pilémenes regía.

Epístrofo y Hodío gobernaban las tropas de los fuertes Alizones, desde Álibe traídas la remota, donde minas de plata hay abundantes.

Caudillos de los Misios eran Crómis y Ennomo el adivino, que no pudo con toda su pericia en los agüeros de la pálida muerte libertarse; y murió á manos del valiente Aquíles, cuando éste dentro el río los troyanos escuadrones deshizo y auxiliares.

Fórcis y Ascanio, de agraciado rostro, los Frigios conducían que de Ascania la remota vinieron, é impacientes estaban por entrar en la pelea.

Regían la legion de los Meonios Antifo y Mésles, y nacidos ambos de Telémenes eran y la Ninfa que dió su nombre al lago de Gigea, y á Troya habían traído los guerreros que en los valles de Tmolo se criaran.

Nástes trajo también los fuertes Carios, de bárbaro lenguaje, que vivían en Mileto y el monte de los Phtiros de espesísima selva coronado, y del limpio Meandro en la ribera, y en las cumbres de Mícale elevadas. A éstos Nástes y Anfímaco regían, hijos de Nomion. De oro brillante cubierto entraba Anfímaco en las lides, cual suele ataviarse una doncella

para nupcial festin. Necio! que el oro de él no pudo alejar la triste muerte; pues á manos del hijo de Peleo murió en medio del Janto, y su armadura la presa fué del belicoso Aquíles.

El fuerte Glauco y Sarpedon guiaban los hijos valerosos de la Licia, apartada region en la ribera sitiada del Janto caudaloso.